

LA MUERTE

Una vez proclamado rey de España don Amadeo de Saboya, la actividad política aumentó hasta el paroxismo. La comisión parlamentaria que iba a Florencia a comunicar oficialmente al duque de Aosta su elección, recibía, antes de embarcar, muestras de simpatía y de burla. En medio del entusiasmo se oían exclamaciones discordantes. Si antes del voto favorable de las Cortes se pensaba en una derrota del candidato, se murmuraba ahora que no aceptaría, y la voz de la calle dió en exclamar: "no vendrá".

Ya no eran sólo los republicanos. Los monárquicos de ésta o la otra candidatura se pusieron en competencia con ellos para desacreditar a don Amadeo, a quien no conocían ni tenían interés alguno en apreciar. El factor negativo de la protesta, típicamente español, se manifestaba una vez más, sin que la experiencia de los tristes acontecimientos del siglo hubiera servido de escarmiento.

Prim era el blanco de la pasión desbordada, del inconformismo, de la calumnia. No se le perdonaban sus manejos personales, su abuso de autoridad —según Pi y Margall—, su temple ante las críticas. En aquel estado de agitación española —a la que contribuyeron la protesta de doña Isabel de Borbón por la elección de don Amadeo, las proclamas carlistas y las amenazas republicanas—, el único sereno y tenaz en su obra era Prim. Sereno cuando replicaba a Francisco Pi y Margall en las Cortes al calificársele de hombre sin pudor político; tenaz cuando persistía en coronar su obra de una manera total y abso-

luta, prescindiendo de la prensa, de los rumores y de los avisos de una conspiración contra su persona.

Quan arriui el rei —había dicho a su amigo Víctor Balaguer, que formaba parte de la comisión que había ido a ofrecer la corona a Amadeo— *s'haurà acabat tot. No hi haurà més que el crit de ¡visca el Rei!*¹.

Este deseo de terminarlo todo era fácilmente comprendido por los republicanos, por los carlistas y por todos los adversarios de Prim. Era necesario obrar antes que él; era preciso terminar con Prim antes de que Prim acabase con todas las fuerzas que obstaculizarían el ya embrollado camino que iba a iniciar don Amadeo de Saboya en España.

La familia real italiana tuvo interesado aviso del estado de agitación política que reinaba en España con la elección de la casa de Saboya; hasta el mismo Amadeo llegaron anónimos que, más por lo que revelaban que por lo que decían, hubiesen podido quebrantar la determinación del nuevo monarca. En uno de ellos, después de injuriar a Prim y a Serrano, se le recordaba que por la Constitución le estaba vedada la corona de España². Amadeo ni siquiera se paró a meditar un momento las consecuencias de su aceptación; si hasta entonces había vacilado, e incluso en la primera oportunidad declinó el honor de aceptar, no pensaba ahora más que en trasladarse a España para cumplir la palabra empeñada con Prim. “No sé si alcanzaré la fortuna —había dicho a la comisión española en el palacio real de Florencia— de verter mi sangre por mi nueva patria, y si me será dado añadir alguna página a las innumerables que celebran las

¹ Cuando el rey llegue, se acabó todo. Aquí no habrá más grito que el de ¡Viva el Rey!

² Hacía referencia al artículo 27 que decía: “El extranjero que no estuviere naturalizado, no podrá ejercer cargo alguno que tenga aneja autoridad o jurisdicción”.

glorias de España; pero en todo caso, estoy bien seguro, porque esto depende de mí y no de la fortuna, que los españoles podrán siempre decir del rey que han elegido: “Su lealtad se ha levantado por encima de las luchas de los partidos...” Y añadió, en verdad, una página de gloria en la historia contemporánea de España. Su abdicación explica, de un lado, el porqué sus partidarios convinieron en llamarle “el rey que no merecemos”; como lo explica, de otro, el verle fracasar en sus nobles intentos de conciliar a los españoles sin alejarse jamás, a pesar de los cantos de sirena, de la Constitución que había jurado respetar y cumplir.

Prim había decidido que el rey entrase en Madrid el 1º de enero de 1871; pero era necesario llegar a una ciudad costera para trasladarse a la corte. Barcelona había sido la escogida por el propio monarca; pero, consultadas las personalidades de la ciudad condal sobre el posible recibimiento que se tributaría al monarca, expusieron que era muy difícil despertar un entusiasmo que nadie sentía. ¡Y esto ocurría en Cataluña, donde don Amadeo parecía tener los pocos incondicionales que de su persona hubo en España!¹.

Prim, muy cerca del éxito, de la victoria que quizás estimaba más entre todas las de su vida política y militar, preparábase para marchar a Cartagena, lugar escogido al fin para el desembarco del monarca. Era el día 27 de

¹ Contrariamente a esta información, la más generalizada, parece que Eugenio Gaminde, capitán general de Cataluña e íntimo amigo de Prim, insistía para que el conde de Reus persistiera en su idea inicial, ya que el haber escogido don Amadeo el puerto de Barcelona, resulta claro a todas luces que fué a sugerencia del Presidente del Consejo. Prim no se dejó convencer, a pesar de que en la correspondencia cruzada entre los dos generales, Gaminde lamentara la decisión de última hora de que el rey desembarcara en Cartagena, e intentaba aún un cambio en el itinerario. (Debo esta información a una persona de la familia Gaminde, quien ha leído recientemente la correspondencia cambiada en aquellos días entre Prim y el capitán general de Cataluña).

diciembre; a las 6 de la tarde se entretenía en los pasillos de la Cámara con algunos diputados que en corrillos comentaban en diverso tono la próxima llegada de don Amadeo. Parecía satisfecho, quizá un poco nervioso, con ansias de estar ya en presencia del rey de España, de aquel rey casi creado e impuesto a los españoles por él. Esto explica sus comunicativas palabras, su deseo de exteriorizar la victoria, deseo casi infantil que le impulsa a decir a un diputado republicano¹: "¿Por qué no viene usted con nosotros a Cartagena a recibir al rey?"

La pregunta es contestada con unas palabras enigmáticas, seguramente con el ánimo de responder ironía con ironía, pero en las cuales, y a resultas de los acontecimientos, se ha intentado entrever malignas intenciones: "Mi general: a cada uno le llega su San Martín".

El conde de Reus, ante los rumores de alzamientos y sublevaciones, no deja el palacio del Congreso sin antes advertir a los republicanos en tono impreciso, casi afectuosamente, su determinación: "Que haya juicio, porque tendré la mano muy dura".

Madrid está silencioso; una copiosa nevada pone sordina al ruido ciudadano. Los cascos de las caballerías se hunden en el cojín de nieve que cubre las calles y apaga el son del trote. Los pocos faroles que iluminan las esquinas parecen dar más luz con el reflejo de la nieve. Son las siete de la noche cuando Prim sube al coche que le ha de conducir a la muerte. Habla con Sagasta y Herreros de Tejada, mientras sus ayudantes, Moya y Nandín, siguen a pie el coche presidencial, que se detiene al poco rato. Bajan de él Sagasta y Herreros y suben los ayudantes.

¹ Hay quien afirma que era José Paúl y Angulo. Es casi seguro, no obstante, que se trata de Francisco García López, una de las figuras de la extrema izquierda en aquellas Cortes.

Al trote de los caballos se sigue hasta la calle del Turco; la ruta del carruaje ha sido señalada —si damos crédito a una monografía sobre el hecho¹— por diversos embozados que por medio de fósforos han ido advirtiendo a sus cómplices el paso de Prim. Esto supone una vasta conspiración que hace más incomprensible el enigma, pero que en cambio explica la precisión del atentado. Ni Prim ni los ayudantes, ni el cochero ni los lacayos observan nada anormal, y se sigue por la calle del Turco, que recoge en su noche las últimas esperanzas de Prim. Se llega casi a la calle de Alcalá, y el coche se detiene; un carruaje obstruye el paso del coche presidencial y, apenas se han percatado del obstáculo los ocupantes del vehículo, cuando la culata de un trabuco rompe el cristal y Prim oye una voz que le dice: "Prepárate, que vas a morir".

Casi simultáneamente el ayudante Moya le parece distinguir unos hombres con blusa y armados de trabucos, prestos para la acción. Tan sólo tiene tiempo de exclamar: "Mi general, nos hacen fuego".

El instinto hace que el general Prim y los ayudantes intenten agacharse en el suelo del coche. Pero suenan ya las descargas, tres a cada lado del coche; lo que hace suponer la intervención por lo menos de seis hombres en el acto del asesinato.

Hay quien afirma, incluso, que el hombre que se acercó al coche y advirtió a Prim que iba a morir era "bajo de estatura, fornido, moreno, de barba negra y poblada"². Con ello quizás el autor insinuaba identificar al asesino con un asalariado de Paúl y Angulo, a quien la opinión pública había de señalar como uno de los autores materiales del crimen, porque había cometido la imprudencia, en el estado de exacerbación política en que vivía España,

¹ Carta de Roque Barcia sobre el asesinato de don Juan Prim. Barcelona, 1871.

² Francisco J. ORELLANA. *Ob. Cit.*, vol. III, pág. 883.

de amenazar a Prim desde su periódico *El Combate*, con "matarle en la calle como a un perro". Se ha llegado a afirmar que el general identificó la voz que dió la orden de fuego¹ con la de Paúl y Angulo; versión que, como apreciará el lector, no coincide con la que hemos transcrito y que por lo tanto equivale a otra composición, en detalles, del asesinato.

Resultaría engorroso pormenorizar las múltiples versiones que hubo, contradictorias unas con otras, y que, por lo mismo, desnaturalizan el hecho y los móviles que se persiguieron. Resultan extraordinariamente confusas, por ejemplo, las palabras que se atribuyen al mismo Prim, ya en su lecho del palacio de Buenavista —Ministerio de la Guerra—. Al preguntársele si presumía quienes podían ser los asesinos, contestó: "No lo sé; pero no me matan los republicanos".

¿Cómo coordinar esto con la versión de que Prim había reconocido la voz de José Paúl y Angulo entre los asesinos?

El cochero, a fuerza de latigazos contra los asesinos y salvando el obstáculo, consiguió salir a galope a la calle de Alcalá.

Los que en los alrededores de la calle del Turco percibieron las detonaciones, presintieron el atentado. Algunos, muy pocos, pensaron que los trabucazos eran el inicio de una revolución republicana, con el fin de impedir el desembarco del rey. Que el pensamiento popular coincidiera con el de la condesa de Reus, que desde su palacio y al oír las descargas, se sobresaltó con la idea de que habían matado a su marido, habla elocuentemente del estado febril a que había llegado la pasión política. Los presentimientos no se producen porque sí, es necesario que exista el peligro, que se masque en el ambiente y se

¹ Marqués DE VILLA-URRUTIA. *Ob. Cit.*, pág. 166.

adivine en la inquietud popular, en ese silencio que precede siempre al estallido de las multitudes. El único que despreció temerariamente la advertencia del instinto fué Prim: si se sabía odiado, no pensó que ese odio fuera capaz de armar el brazo de sus enemigos.

El coche se paró, como todas las noches, ante el palacio. De él descendió y subió por su pie la escalera Juan Prim. Estaba pálido, sentía frío, se desangraba, pero quiso aparentar que sus heridas no tenían importancia. Así respondió, antes de que las palabras formularan la pregunta, a la ansiedad interrogativa que leyó en los ojos de su esposa. Ocho balas llevaba en su cuerpo el general Prim: unas le habían destrozado el brazo izquierdo; otras, alojadas en el hombro, casi le imposibilitaban todo movimiento. Aun tuvo la fortaleza de ánimo de encerrarse solo con su ayuda de cámara para que éste le ayudara a quitarse la levita. El ayuda de cámara, impresionado por la sangre que empapaba la manga y goteaba por los extremos de los dedos, vaciló. Prim, con voz muy fuerte, con tono imperativo, le ordenó: "¡Tira pronto, que me desangro!"

La noticia corrió velozmente por Madrid. Al poco rato, y después de la visita de los médicos, estaban junto a la cabecera del herido el regente del reino y Topete.

"Veo la muerte", había dicho Prim a uno de ellos. Pero era necesario resistirla todo el tiempo preciso para dar las últimas órdenes. Hasta en el lecho de muerte tuvo autoridad y fuerza para mandar. Topete había de presidir interinamente el Consejo de Ministros, ir a Cartagena a recibir al rey y encargarse de las carteras de Guerra y Estado. El marino que contribuyó tan destacadamente a la Revolución de Septiembre —y al que los desengaños que de ella tuvo le habían decidido a anunciar públicamente ante las Cortes su retiro de la vida política— aceptó ante el herido la responsabilidad tremenda de aquella hora.

Los médicos advirtieron inmediatamente el desenlace: las heridas eran de tal gravedad, que no permitían casi ninguna esperanza. Un médico aconsejó una operación que no se hizo y que hubiese podido salvar la vida de Prim¹; mientras de toda España van llegando telegramas de protesta por el atentado, que son también votos por un restablecimiento que no se llevará a cabo, el general se va terminando lentamente.

Tres días dura aquella agonía larga del caudillo, postrado en su cama, mientras Cartagena saluda con entusiasmo al nuevo rey de España.

El mismo día de la llegada de don Amadeo preguntaba Prim a Sánchez Bregua:

—¿A cuántos estamos hoy del mes?

—A treinta —respondió Sánchez Bregua.

—¡A treinta! El rey llega y yo me muero. ¡Viva el rey!

Estas fueron, al decir de algunos, sus últimas palabras. De ser ciertas, pues hay especialmente en el ¡viva el rey! un destacado tono teatral, sospechoso y muy de la época, revelan el orgullo de haber terminado su obra y un gran sentimiento —una especie de reproche a sí mismo— por no estar en aquel momento al lado del rey, para servirlo y ayudarlo.

Su obra —quizás no se engañaba Prim— no estaba terminada. Como ha escrito el marqués de Villa-Urrutia: "Para España, para la libertad, para la monarquía y para el monarca, que llamado por las Cortes venía a ocupar el trono que dejaron vacantes los huidizos Borbones, fué la muerte de Prim una inmensa desgracia y una irreparable pérdida. Nadie pudo recoger su herencia, porque nadie poseía las singulares dotes de estadista que hacían de

¹ Se llamaba Melchor Sánchez de Toca y fué uno de los cirujanos más notables que hubo en Madrid en el siglo XIX.

Prim una excepción entre los generales de su tiempo y aun de otros tiempos posteriores. Era de la madera de los Cromwell, y no de la que salen los caudillos raciales, algo más desmedrados que el Gran Capitán o que Bolívar"¹. Aun tuvo algunas palabras sin coherencia; otras, en su idioma catalán, parecían denotar evocaciones lejanas, de su infancia quizás. Nadie las recogió. A las siete de la tarde del día 30 cerró para siempre los ojos: su muerte fué el último homenaje, el máspreciado que ofrecía a don Amadeo de Saboya, digno corolario a sus gestiones abnegadas y constantes, rematadas al fin con el dolor y la sangre.

Cabe pensar que, sin el atentado, los republicanos hubieran intentado algo en el momento de desembarcar el monarca. El sacrificio de la vida de Prim les ató al conformismo de momento. Cualquier intento revolucionario hubiese equivalido a una delación. Los partidos, los hombres públicos, las fracciones monárquicas, incluso los carlistas, tenían demasiado interés en alejar toda sospecha que pudiera recaer sobre ellos para hacer imprudencias. Así, la sangre de Prim brindaba al rey Amadeo de Saboya, cuando entró en Madrid, una ovación que quizá

¹ *Ob. Cit.*, pág. 167. Opinión casi unánime entre los historiadores del período. BALLESTEROS, *Ob. Cit.*, vol. VIII, pág. 175, escribe: "Es, en nuestro sentir, don Juan Prim el estadista de más capacidad de todo el siglo XIX. Su personalidad descuella entre las medianías intelectuales de sus compañeros de generalato..." Y el conde de Romanones, fiel servidor de los Borbones, hecho que da más importancia a la apreciación, asienta: "Aunque la vida tiene horror al vacío, hay algunas que no se llenan nunca; la desaparición de Prim envolvía el fracaso de la Revolución de Septiembre; si Prim no hubiera muerto en aquellos días, ni la República, aunque efímera, figuraría en la historia de España, ni los Borbones se habrían vuelto a sentar bajo el solio de San Fernando". *Sagasta o el político. Vidas españolas e hispanoamericanas del Siglo XIX*. Espasa Calpe. Madrid, 1934. Pág. 103. Recientemente, Natalio Rivas, Santiago, ha escrito: "Pero el conde de Reus se bastaba y sobraba para envolverlos y reducirlos a todos —el autor se refiere a las intrigas de los montpensieristas—. Era un hombre extraordinario. Yo estimo —aunque mi juicio valga poco— que ha sido el estadista de más altura, de más alcance, de visión más amplia y de más aguda penetración que ha tenido España en el pasado siglo". *Anecdotario Histórico*. M. Aguilar, editor. Madrid, 1946. Pág. 662.

engañaba a los mismos que fingían entusiasmo, ignorantes de la indiferencia de los demás.

El gran misterio del asesinato de Prim no se ha desvanecido a pesar de los años, y parece ya muy difícil que llegue a esclarecerse algún día. Pero el mismo enigma parece pregonar la intervención de algunos altos personajes en el drama.

La policía española y la investigación judicial fueron vencidas, quién sabe si por el misterio o por la categoría de los inspiradores del atentado.

Ya hemos hablado de Paúl y Angulo. Su vehemencia, sus imprudencias y exaltación —derivadas, según se ha dicho, del vino— le han perjudicado mucho. Ante la amenaza de detención, Paúl y Angulo huyó de España y corrió por América escandalizando los círculos políticos de diversas repúblicas centroamericanas con sus ideas anticlericales. Fracasado, con el estigma de la acusación de asesinato, murió olvidado si es que no aborrecido. Su huída pareció una confesión; pero no hay que olvidar que el crimen se atribuyó en seguida a los republicanos y que fueron muchos los que sufrieron en la cárcel dura incomunicación por simples sospechas. Además, si son ciertas las palabras de Prim: "No me matan los republicanos", ¿a qué venía la insistencia policíaca en buscar los criminales entre los de esta fracción política? Así pues, no resulta argumento de mucha fuerza para acusar a Paúl y Angulo el hecho de su huída, que puede ser, quizás, un acto natural de defensa contra una siniestra confabulación.

Años más tarde —1879—, Nicolás Estévez escuchaba en Nueva York de labios del propio Paúl y Angulo "la negativa reiterada, categórica y rotunda de su participación en el famoso crimen"¹. Lo mismo declaraba —1887— en Buenos Aires. Esta última fecha es digna

¹ Emeterio S. SANTOVENIA. *Ob. Cit.*, pág. 273.

de considerarse; había pasado ya mucho tiempo desde el suceso de la calle del Turco y la prudencia, naturalmente, podía ir debilitándose. No obstante, sigue negando, al parecer sinceramente, su participación en el crimen. Y no sólo niega, sino que escribe un folleto¹ sobre el hecho, detalle que invita a reflexionar sobre los cargos hechos a Paúl y Angulo. Un criminal puede negar el hecho si es interrogado, pero intentará olvidar el suceso, y con su esfuerzo querrá hacerlo olvidar a los demás. Paúl y Angulo no quiere olvidarlo, sino esclarecerlo y, a pesar de que esto podría ser explicable por su carácter jactancioso, ¿qué mejor jactancia que descorrer el velo del misterio desde América, diecisiete años más tarde, alejado del peligro y más lejos aún de la pasión que el hecho despertó en España? Si aceptamos la participación de Paúl y Angulo, ¿cómo pudieron esconderse sus cómplices, los armados en aquella noche trágica? Entonces lo de Paúl y Angulo podía representar un encubrimiento oficial para altos personajes, en primer lugar para el tantas veces mencionado Montpensier.

El duque había de experimentar, sin duda, una viva antipatía por Prim; debía pensar, y con razón, que sin el conde de Reus hubiera sido proclamado rey de España; ambición perseguida y orientadora de sus manejos e intervenciones en la Revolución de Septiembre, a la cual sacrificó —y no hemos de creer que desinteresadamente— buena parte de su fabulosa fortuna. Luisa Fernanda deseaba también la corona y se consideraba con derechos a ella, a pesar de los "jamases" de Prim dirigidos contra los Borbones. La animadversión, pues, hacia Prim debió ser coincidente entre los duques.

Resulta también dudosa la complicidad del duque y, más que imposible, su participación personal en el hecho.

¹ *Los Asesinos del General Prim y la política en España*. París, 1886.

No vayamos a pensar que el hijo del que fué rey de Francia pudiera ir embozado por las calles de Madrid, trabuco en mano y pronto para dispararlo contra Prim; pero sí, en cambio, podemos imaginar que oyera con complacencia y que incluso fomentara la inconformidad de sus partidarios contra el proceder del Presidente del Consejo de Ministros. ¿Es que no se había resignado al voto de las Cortes? Probablemente no, y quién sabe si esperaba perturbaciones que favorecieran sus planes. Esto contribuía, naturalmente, a que los montpensieristas —más exaltados que su jefe, como sucede siempre— odiaran a Prim con más fuerza que el duque, y pudieran pensar que, desaparecido el obstáculo, sería fácil levantar la opinión española en favor del único pretendiente que tuvo el trono después de la huída de Isabel.

La opinión pública también se puso a conjeturar y, finalmente, vió en el duque al inspirador del asesinato. No todo fueron conjeturas: en el registro que la policía verificó en casa del secretario del duque, Felipe de Solís, se halló un interesante documento revolucionario, y en el sumario no faltaron testigos que afirmaran que a la muerte de Prim —importante detalle, ya que implica la previsión del asesinato— sería proclamado rey de España el duque de Montpensier. Y aun hay más: el que fué secretario particular de Prim, Juan Manuel Martínez, publicó en el periódico madrileño *El Imparcial*, en el año de 1886, la relación de una entrevista entre Felipe de Solís y Paúl y Angulo, habida en la redacción de *El Combate* en los primeros días de diciembre de 1870. Solís —no hemos de pensar que de *motu proprio*— solicitaba hombres para la acción, para el atentado; es decir, la gente armada del 27 de diciembre. ¿Por qué hasta dieciséis años más tarde no se conoce este detalle, en verdad importante? Es que Paúl y Angulo acaba de publicar en París su libro, del que ya hemos hecho referencia, y se remueve otra vez el

asunto y con él los estímulos para descorrer un poco el velo del misterio. Incluso Sagasta, siempre silencioso, rompe su norma y habla. En el trono de España se sienta ya en aquel entonces Alfonso XII, y la prudencia, si bien no es abandonada del todo, se debilita en el antiguo revolucionario, íntimo amigo de Prim y en aquel año Presidente del Consejo. Entonces, Sagasta, que fué ministro de la Gobernación cuando el atentado, encomienda a un misterioso personaje madrileño, antiguo revolucionario y en aquellos días banquero establecido en Madrid, una misión especial, delicada e importante: le ruega que se traslade a América y procure arrancar de Paúl y Angulo el secreto de la muerte de Prim. Así lo hace el personaje; al regresar, parece tener una información muy detallada y comprometedor para los montpensieristas; información que se entrega al juez instructor y éste... archiva. En el relato había también detalles acusadores para los republicanos, o, por mejor decir, para individuos pertenecientes a esta ideología política. Entonces la conclusión ¿sería ésta?: El atentado hubiera podido ser inspirado por los partidarios de Montpensier y ejecutado por miembros del partido republicano o, aun para concretar más, por individuos del bajo pueblo —de la información aparecía un carnicero de Madrid apellidado Niembro— simplemente partidarios de la república. La explicación de la facilidad con que Sagasta consiguió que el banquero madrileño se trasladara dócil a América para entrevistar a Paúl y Angulo resulta, al parecer, un cuento. Dejemos que hable el propio Sagasta: "A poco de triunfar los revolucionarios en Alcolea, vino a Madrid X —¿a qué consignar su nombre, si es posible que a diario nos estemos codeando con sus hijos o con sus nietos?—, X era el banquero, el paño de lágrimas de los emigrados en París; ofrecióle Prim honores y empleos, que X no admitió. Suponían los maliciosos perseguiría algún pingüe negocio; pero pasaron los meses y el negocio